

**LA FRAGILIDAD SUBJETIVA Y EL ABUSO SEXUAL EN ADOLESCENTES  
HOMOSEXUALES**

Kelly Tatiana Ramírez Quintero

Trabajo para optar al título de Especialista en Problemas de la infancia y de la adolescencia

Asesora

María Del Pilar Restrepo

Magister En Literatura

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento De Psicoanálisis

Medellín

2018

## Resumen

Para plantear la relación existente entre fragilidad subjetiva y abuso sexual, se ha hecho una reconstrucción de la transición adolescente y sus diferentes fases: prepubertad, la pubertad y la consolidación de la adolescencia. Este recorrido permitió establecer, primero, que la adolescencia es un proceso y que, como tal, atraviesa unas fases que dan cuenta de cómo se constituye la instancia psíquica del yo, pero, sobre todo, establecer de dónde ha provenido dicha contingencia que ha dejado expuesto a este adolescente al evento del abuso sexual.

Otro aspecto de igual importancia es identificar cómo se da el advenimiento de la homosexualidad adolescente, como un proceso que tiene sus raíces en las identificaciones primarias y que, de manera progresiva, desemboca en la elección del objeto homosexual.

Finalmente, para este trabajo se ha establecido la relación entre la fragilidad subjetiva y el abuso sexual, especialmente señalando las manifestaciones de la fragilidad subjetiva en el abuso sexual abordándola como una condición inherente de la adolescencia, pero también determinada por la irrupción del impulso sexual.

**Palabras claves:** abuso sexual, adolescencia, fragilidad subjetiva, homosexualidad.

## Summary

To raise the existing relationship between subjective fragility and sexual abuse, a reconstruction of adolescent transition and its different phases has been done: prepubert, pubertad and the consolidation of adolescence. This journey allowed to establish, first, that adolescence is a process and that, as such, it transfers phases that give account of how the psychic instance of i is constituted, but, above all, to establish where has it provided such contingency that has left exposed to this adolescent to the event of sexual abuse.

Another aspect of equal importance is to identify how the advancement of adolescent homosexuality is given, as a process that has its roots in the primary identifications and that, in a progressive manner, dismisses in the choice of the homosexual object.

Finally, the relationship between subjective fragility and sexual abuse has been established for this work, especially showing the manifestations of subjective fragility in sexual abuse as an inherent condition of adolescence, but also determined by the irruption of the sexual impulse.

Key words: sexual abuse, adolescence, subjective fragility, homosexuality.

## Introducción

La presente monografía busca establecer relaciones entre la fragilidad subjetiva y el abuso sexual en adolescentes homosexuales. En este sentido, el objetivo de este estudio es abordar las implicaciones de la fragilidad en adolescentes masculinos de orientación sexual homosexual, que han vivido un evento de iniciación de su sexualidad genital desde una experiencia de abuso sexual por parte de un adulto. Este abordaje se desarrolla a partir de la teoría psicoanalítica, que ayuda a tener mayor claridad de la problemática planteada, tanto a nivel subjetivo como desde la relación de estos adolescentes con el mundo externo. En este orden, se trata de comprender desde el psicoanálisis cómo influye la fragilidad subjetiva en los casos de abuso sexual en adolescentes homosexuales.

Para abordar el tema propuesto en este trabajo, se parte de que la fragilidad preexiste en el adolescente, anterior a cualquier experiencia traumática como el abuso sexual, debido a la precariedad yoica de la transición en la adolescencia (Blos, 1981). Sin embargo, se podrían señalar algunas consecuencias psíquicas o efectos que deja en los adolescentes este evento y se espera establecer con mayor amplitud las posibles relaciones entre la fragilidad subjetiva y el abuso sexual.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), la palabra “frágil” proviene del latín *fragilis* y se refiere a que algo es ‘Quebradizo, y que con facilidad se hace pedazos’; de allí que lo frágil sea algo inconsistente, lábil y endeble, características que se atribuyen a la condición del adolescente.

Con respecto a la *fragilidad subjetiva*, aunque es una condición inherente a la adolescencia, en un adolescente abusado sexualmente presenta una particularidad, basada en la ineficacia de los recursos narcisistas o yoicos por la escasez de reconocimiento, apoyo y cuidado por parte de las figuras primarias. Al ser estos recursos escasos o fallidos —pues se espera que en la infancia se proporcionen suministros narcisistas—, se genera entonces una fragilidad subjetiva (Blos, 1981). En consonancia con esto, Blos (1981) plantea que los recursos internos, cuando operan desde la niñez, actúan como reguladores de la apreciación propia, teniendo al Superyó sobre el niño, que lo prepara para mantener un equilibrio narcisista más o menos autónomo.

El abuso sexual comprende las actividades sexuales asociadas a relación genital o anal, o, en otros casos, un abuso sin contacto como en el exhibicionismo, voyeurismo o la utilización del adolescente en la producción de pornografía y una gama de actividades que oscila entre la violación forzada hasta la seducción.

Teniendo en consideración lo anterior, en este trabajo la adolescencia se mira como un proceso transicional que atraviesa diferentes fases que van desde la prepubertad, la pubertad hasta la adolescencia. En esta transición, el adolescente es especialmente frágil y vulnerable, en razón de que en este periodo de separación sufre una segunda individuación, en la que se espera que pueda desprenderse de la dependencia de las figuras primarias. Esto puede fracasar en un adolescente que no tenga los suficientes recursos narcisistas, ya que, dependiendo de las condiciones de su constitución subjetiva, puede presentar cierta incapacidad para responder o evitar ser objeto de un abuso sexual y, eventualmente, este acontecimiento puede generar secuelas patógenas, como la autoagresión, consumo de sustancias psicoactivas, la prostitución, entre otros.

## Capítulo I. Génesis de la homosexualidad en la adolescencia

La identidad sexual del adolescente homosexual se ubica en el Yo. Esto significa que su decisión con respecto a su identidad esta soportada en esta instancia psíquica, lo cual constituye una respuesta defensiva, de acuerdo con una decisión que no compromete directamente su racionalidad y, de esta manera, se protege, no solo en el mundo externo de la exclusión y la diferenciación, sino también en el mismo inconsciente. Según Blos (1981), la consolidación de la adolescencia es la fase donde se podría establecer una identidad sexual homosexual, puesto que “la capacidad sintética del yo aparece con claridad sólo durante esas fases” (p.257).

Como instancia psíquica y desde el punto de vista tópico, el Yo es un mediador entre el Ello<sup>1</sup> (reservorio primario de la energía psíquica) y el Superyó, y está en una permanente tensión para sostenerse en la identidad, puesto que, de un lado, atiende las demandas pulsionales del Ello y, del otro, media en las censuras que le impone el Superyó (Laplanche y Pontalis, 2004).

Para comprender el proceso de construcción de la identidad sexual homosexual en los adolescentes, es necesario hacer un breve recorrido por las fases psicosexuales en la transición adolescente y en la constitución del yo. Allí se van insertando cada uno de los aspectos que apuntan a comprender que la identidad sexual homosexual no se presenta de manera sorpresiva, sino que implica una serie de movimientos constitutivos que solo madurarán en la consolidación de la adolescencia.

---

<sup>1</sup> El Ello es una de las tres instancias distinguidas por Sigmund Freud en su segunda teoría del aparato psíquico. Esta instancia psíquica constituye el polo pulsional de la personalidad. Sus contenidos y expresión psíquica de las pulsiones son inconscientes (Laplanche y Pontalis, 2004).

Blos (1981) señala que la adolescencia es un proceso que se compone de diversas fases que no van en un desarrollo lineal, y cuyas contradicciones se dan en términos de progresión, digresión y regresión que se alternan en evidencia, puesto que, en forma transitoria, comprenden metas que son antagónicas.

Por su parte, la transición adolescente apunta específicamente a varias fases, que son: la latencia (prepubertad), la preadolescencia (pubertad) y la adolescencia temprana o consolidación de la adolescencia (Blos, 1981). De estas, se abordan para el presente estudio la prepubertad, la pubertad y la consolidación de la adolescencia, por ser las etapas determinantes en la explicación de la génesis de la homosexualidad.

La latencia se comprende desde la teoría freudiana como una ausencia de impulsos sexuales, asunto cada día más desvirtuado, siendo más preciso nombrarla como *prepubertad*. Por el contrario, la transición al adolescente actual tempranamente evidencia actividades que corresponden a emociones sexuales, como son la masturbación, la curiosidad sexual de tipo voyerista, etc.

Lo que se percibe entonces es que ciertas actividades que habían sido adjudicadas a la pubertad, en la modernidad han pasado a formar parte de la fase de la prepubertad. De allí que, tanto la infancia como dicha fase se han acortado y son cada vez más tempranas ciertas actividades sexuales mencionadas anteriormente, de tal manera que la prepubertad surge en edades comprendidas entre los 8 y 9 años.

La prepubertad es una fase definitiva para el desarrollo del proceso evolutivo de la adolescencia y para la construcción de las herramientas yoicas que le permitirán al prepúber enfrentar un incremento pulsional que vendrá con la pubertad, cuya consistencia dependerá de las dinámicas de esta misma fase. Según Blos (1981), el niño “está listo para la prueba de distribuir el flujo de energía en todos los niveles del funcionamiento de la personalidad, los cuales se elaboraron durante el periodo de latencia” (p.83).

En consonancia, en la prepubertad se comienzan a reforzar los rasgos de personalidad que en la infancia eran incipientes. El prepúber es capaz de direccionar su energía hacia actividades de orden psíquico, algunas de ellas con limitaciones en su realización. Sin embargo, para enfrentar este escollo, cuenta con recursos yoicos que le permiten construirse frente al mundo. Entonces, su energía ya no está tan dispersa o desorganizada como en la niñez, sino que puede ligarla para responder a las distintas dinámicas de su yo; igualmente, puede articular cada monto de energía con determinados aspectos de su personalidad, dado que:

La ampliación del horizonte de su efectividad social, intelectual y motora, lo capacitan para el empleo de sus recursos, permitiéndole mantener el equilibrio narcisista dentro de ciertos límites que le fueron posibles en la niñez temprana, y es evidente una mayor estabilidad en el afecto y en el estado de ánimo. (Blos, 1981, p.85)

Los contenidos provenientes del mundo externo están altamente erotizados y el prepúber tiene acceso a volúmenes ilimitados de materiales virtuales, que son una fuente importante y donde algunos depositan su libido, en vista de que su desarrollo yoico presenta una imposibilidad de acceder a formas de relacionamiento sexual que sean más efectivas.



De acuerdo con Blos (1981), en la prepubertad se presenta un cambio en la función controladora del yo y del súperyo, pues las manifestaciones sexuales son las mismas de la infancia. Estas expresiones están relegadas, porque el yo se ocupa de otras actividades que hacen que el impulso sexual quede relegado; de allí la importancia de las nuevas habilidades adquiridas por el yo, que permiten afrontar la irrupción del impulso sexual en la pubertad.

Otro cambio importante que opera en esta fase es que las actuaciones que antes se daban en expresiones directas de las necesidades de dependencia y sexuales tienden a reducirse, pues se fusionan con otras metas más complejas en virtud de desarrollar acciones en el exterior que permiten al yo mantener su equilibrio. Igualmente, plantea Freud (citado en Blos, 1981) que estos cambios en la prepubertad son incentivados porque las relaciones de objeto se abandonan y son sustituidas por identificaciones.

El prepúber, incapaz de ligar su energía libidinal, que en esta etapa se encuentra libre y decatectizada de las figuras primarias, la desplaza a otros objetos y actividades como el deporte, el arte, el conocimiento o cualquier otra actividad sublimatoria, a pesar de que, ubicar esa energía libidinal que se encuentra libre, resulta ser una tarea compleja, debido a su creciente fragilidad subjetiva. De allí que el prepúber eventualmente puede elegir cualquier objeto sin claridad o de manera apresurada como ocurre en la bisexualidad, donde la ligazón no está clara.

El yo de la prepubertad es un yo que aún está integrado en virtud del narcisismo yoico infantil y, de esa manera, está resguardado de no tener que resolverse en el reto que supone el encuentro con un otro, para lo cual tendría el yo que estar lo suficientemente consolidado y capacitado para que su integridad no sea amenazada por las exigencias del mundo externo. En este

sentido, para mantenerse a salvo, el yo deberá resguardarse de las exigencias externas, y así asegurar su integridad. Claro está que resulta inevitable responder a estas demandas, y es precisamente en ese punto en que el yo comienza a declinar, ya que estas exigencias sobrepasan los recursos yoicos.

Quizá de los cambios más importantes en la prepubertad está en que ya el sujeto no depende totalmente del apoyo parental ni de su aprobación, pues ahora es capaz de autoreconocerse (Blos, 1981). Es así como los recursos internos o los llamados recuerdos del yo se unen a los suministros proporcionados por los cuidadores como reguladores de la estimación propia. Tal y como lo afirma Blos (1981), en este momento las funciones del yo adquieren una mayor resistencia a la regresión, es decir, que el prepúber no es tan vulnerable a las opiniones de las figuras primarias.

Otras de las fases a abordar es la *pubertad*, caracterizada por conservar marcados rasgos de la sexualidad infantil. En esta etapa, el púber puede convertir cualquier experiencia en un estímulo sexual, sin que esta tenga necesariamente un contenido de este orden. Por ejemplo, un juego, la lectura o las actividades físicas son escenarios en los que se puede propiciar el erotismo (Blos, 1981).

En el púber hay una descarga específica de la tensión sexual. Más adelante, lo que sucederá es que “el órgano sexual adquiere la sensibilidad exclusiva al estímulo heterosexual” (Blos, 1981, p.90), asunto que podría ser esperable, pero no obligatorio, pues, como se verá, esta elección puede orientarse a la homosexualidad, de manera no solo transitoria, sino en una identidad yoica fuertemente consolidada.

Otro aspecto que cobra importancia en este proceso es que la curiosidad sexual en los muchachos cambia su interés y ya no se concentra en la observación de los genitales, como ocurría en la infancia, sino que su atención vira hacia la función genital. Los púberes tratan de establecer una relación entre lo que han ido obteniendo en sus investigaciones sobre la sexualidad y la relación que esta tiene con su propia corporeidad.

Un aspecto crucial en el desarrollo psicosexual de la pubertad es la identificación con la madre fálica, que se puede entender en el deseo del púber en pretender ser todo para la madre, como lo era en la infancia e intentar evitar su separación y, de paso, aliviar la angustia de castración. Además, deberá conciliar su lugar en cuanto a las posiciones pasivas y activas explicadas por Freud (citado en Blos,1981), quien fórmula este problema con relación a la pubertad, de la siguiente manera:

no es sino hasta la terminación del desarrollo durante la época de la pubertad que la polaridad del sexo coincide con lo masculino y lo femenino. En lo masculino se concentra la actividad y la posesión del pene; lo femenino lleva como objeto la pasividad. La vagina se valora como un asilo para el pene; es una herencia de la matriz materna. (p.112)

Es inconcebible pensar que el púber está preparado para una posición activa frente a la sexualidad, a pesar de la activación de los órganos sexuales, a lo cual se suma la construcción amorosa, pues en su infancia el púber solo tuvo la necesidad de ser amado y la necesidad de amar se presenta de manera progresiva y, en ocasiones, regresiva. Entonces, gradualmente, entre estos ires y venires, entre demandar amor y dar amor, Blos (1981) plantea que “la ambivalencia tan característica de la adolescencia comprende no solamente la alternativa de amar y odiar sino que

se manifiesta también con mayor intensidad en la polaridad de las metas instintivas, activas y pasivas” (p.112).

A esta fase de la pubertad le sigue la consolidación de la adolescencia, siendo esta altamente definitoria en la elección del objeto, en relación con la estabilización de la identidad yoica; lo esperable es que el adolescente se consolide en un cambio hacia el amor heterosexual. Sin embargo, al pretender rastrear la génesis de la homosexualidad, esa estabilización esperada puede tomar como rumbo la homosexualidad.

Sin embargo, Blos (1981) explica que hay tres posibles precondiciones que desembocan en la elección de tipo homosexual. Una de estas hace referencia al temor a la vagina en una especie de fantasía que representa el órgano sexual femenino como devorador, castrante. Las otras dos el autor las define de la siguiente manera:

La segunda precondición reside en la identificación del joven con su madre, una condición que ocurre comúnmente cuando la madre fue inconsistente o frustrante mientras que el padre fue maternal o rechazante. Una tercera condición se ramifica del complejo de Edipo que asume la forma de una inhibición o restricción en que equipara a todas las mujeres con su madre, y considera que la introyección es una prerrogativa del padre. (p.157)

Parece ser que todas las precondiciones aquí señaladas tienen como raíz la reactivación edípica, que acompaña al adolescente y desde luego dan cuenta de la génesis misma de la homosexualidad, como elección de objeto diferente a la homosexualidad constitutiva o universal. Es así como el origen de la homosexualidad tiene su raíz en las identificaciones con las figuras

primarias, al igual que la heterosexualidad con la particularidad que tiene en el adolescente homosexual y es que hay una resolución fallida de la interdicción paterna, sin que se pretenda emitir ningún juicio moral frente a la elección sexual del adolescente.

Según Freud (2001a), en la homosexualidad constitutiva o universal las resoluciones del Edipo pueden inclinarse a que el púber se identifique con el padre en un enamoramiento. Este tipo de homosexualidad aún no es referida a la elección de objeto homosexual, sino que es llamada así por su identificación al padre del mismo sexo, la cual es una posición que puede o no ser transitoria y que espera su resolución en la interdicción de la ley del padre.

Este proceso ha sido nombrado por Freud (2001a) como “Edipo negativo”. En este, el púber no logra una resolución positiva del Edipo, pues se queda prendado del padre o de la madre, porque no emerge un tercero que interdicte y logre hacer una irrupción en el amor hacia el padre del mismo sexo. Este mismo proceso es explicado por Blos(1981), así:

La observación analítica de casos de la adolescencia tardía o de la postadolescencia revela la vinculación edípica negativa, es decir, el componente homosexual que no ha sido transformado en formación del ideal del yo, con el resultado de que el proceso adolescente se quiebra bajo el impacto de una fijación sexual infantil. Retornaremos más tarde al rol del ideal del yo en la adolescencia y su significación para la resolución de las ligas homosexuales infantiles. (p.268)

Se sabe que el Edipo se reedita en la transición adolescente, donde surge la homosexualidad universal u homosexualidad primaria que le permite al adolescente construir una identidad sexual que *a posteriori* se constituya en una elección de objeto, soportada en una identidad sexual más

estable, propia de la fase siguiente en la transición que es la consolidación adolescente y en la que el yo no podrá renunciar de manera fácil a esta identidad. En el origen del yo, se encuentra la identificación amorosa y libidinal con el progenitor del mismo sexo, cuando el niño se esfuerza por ser el otro, en una idolatría amorosa con el cuerpo del padre o de la madre. El púber desea las cualidades del padre, ser como este y adquirir sus valores.

Se ha visto hasta el momento sobre la transición adolescente un recorrido por su desarrollo psicosexual, encontrando que en cada etapa el yo sufre un proceso de mutación para adquirir progresivamente cualidades que le permiten afrontar la irrupción del impulso sexual. Igualmente, se ha abordado la diferenciación entre la homosexualidad universal y la elección de objeto homosexual, pues la primera concuerda con aspectos constitutivos de la conformación subjetiva del adolescente, mientras que la segunda es diferenciable, pues en esta el sujeto realiza un desplazamiento hacia objetos del mismo sexo, distintos de la figuras primarias.

Ahora bien, sin haber pretendido agotar todas las posibles explicaciones acerca de la génesis de la homosexualidad, se abordará finalmente la última fase de la transición adolescente, denominada por Blos (1981) *consolidación de la adolescencia o adolescencia propiamente tal*. Dicha etapa contiene una reorganización pulsional que se puede resumir en el desarrollo del desplazamiento objetal, dado que el adolescente en este punto está preparado para movilizar su libido de las figuras primarias a la búsqueda de otros objetos amorosos. Blos (1981) explica este proceso de la siguiente manera:

El retiro de la catexis hacia los padres, o más bien de la representación de los objetos en el yo, produce una disminución de la energía catéctica en el ser. En el muchacho, tal como le hemos visto,

este cambio lleva a una elección narcisista de objeto basada en el yo ideal; podemos discernir en esta constelación libidinal los nuevos intentos de resolución de los aspectos remanentes reactivados del complejo de Edipo, positivo o negativo (...) (p. 134)

Entonces, para el adolescente lo que antes constituía un desligamiento intermitente de los objetos de amor incestuoso, en el sentido de las dinámicas cambiantes del adolescente que no le permiten hacer una construcción definitiva en ese desligamiento, ahora llega a la constitución misma de la adolescencia y a las nuevas relaciones de objetos, que surgen con la elección del objeto de deseo. Al respecto, Freud (2001b) plantea que:

Hemos comprobado que muchas personas, y especialmente aquellas en las cuales el desarrollo de la libido ha sufrido alguna perturbación (por ejemplo, los perversos y los homosexuales), no eligen su ulterior objeto erótico conforme a la imagen de la madre, sino conforme a la de su propia persona. Demuestra buscarse a sí mismo como objeto erótico, realizando así su elección de objeto conforme a un tipo que podemos llamar 'narcisista'. En esta observación ha de verse el motivo principal que nos ha movido a adoptar la hipótesis del narcisismo (p.2025).

Otras de las manifestaciones de la adolescencia, según Blos (1981), son el exhibicionismo y el voyerismo que dejan ver los jóvenes en sus prácticas lúdicas. Estos temas hacen parte de las exteriorizaciones para comprender que el acercamiento a este tipo de adultos abusadores se inicia con las fluctuaciones que existen en la definición de la orientación sexual y que son abordadas en algunos adolescentes a través de la pornografía o de las redes, sobre las cuales hay una amplia oferta que esta fácilmente disponible.

## Capítulo II: Fragilidad subjetiva y abuso sexual

Como ya se ha mencionado, este trabajo busca establecer la relación entre la fragilidad subjetiva y el abuso sexual en adolescentes homosexuales, partiendo de la premisa de que en la adolescencia el yo está en un proceso de construcción y en mutación permanentes, que en estos adolescentes se hace frágil y vulnerable, y que los hace propensos a ser víctimas de un abuso sexual.

Igualmente, la fragilidad yoica en algunos adolescentes homosexuales puede provenir de la falta de suministros narcisistas, que esperarían su prolijidad de los adultos cercanos durante la infancia. Con estos suministros, se esperaría que los adolescentes puedan construir recursos narcisistas suficientes que les permitan esquivar o protegerse de la seducción de un adulto perverso.

La fragilidad también se origina de las carencias en la producción de la subjetividad social, según Chiavarino, Ferris, Martinelli y Sagues (citados en Belgich, 2007), quienes hablan de la subjetividad fragilizada. Llama la atención que estos autores utilizan una inversión en los términos para nombrar la fragilidad subjetiva, cambio que no es caprichoso, pues existe una subjetividad que se inscribe en ciertas condiciones sociales que la hacen débil y que tampoco proveen al adolescente los suministros narcisistas suficientes, sino que, por el contrario, contribuyen a fragilizarlo a causa de la falta de contención familiar, la discriminación, los abandonos, la marginación y la soledad en el hogar, dentro de una sociedad que privilegia el éxito.

Por definición, el adolescente es frágil, pues carece de un afianciamento sobre lo que es él, y no encuentra respuestas frente a sus incapacidades y falta de poder. De igual manera, habla de lo determinante que resulta el adulto en la construcción de la certeza del adolescente sobre sí mismo.



En lo que se refiere a la noción de *fragilidad subjetiva*, en una creativa alegoría sobre la vulnerabilidad del adolescente, Dolto (2008) lo compara con un molusco cuando afirma:

Qué es la inopia, la debilidad de la adolescencia, tómenos la imagen de los bogavanes y langostas que pierden su concha: se ocultan bajo las rocas en ese momento, mientras segregan su nueva concha para adquirir defensas. Pero si mientras son vulnerables reciben golpes, quedan heridos para siempre; su caparazón recubrirá las heridas y las cicatrices, pero no las borrará. (p.13)

Asimismo, Dolto (2008) plantea que en la relación entre el adolescente y el adulto, el primero es particularmente vulnerable a las opiniones del segundo, especialmente cuando este adulto es el portador de la autoridad. La autora agrega que:

Es también vulnerable a las observaciones despectivas procedentes de otros adultos que tienen el papel de mandar en los jóvenes. En el curso de esta mutación, reproduce la fragilidad del bebé que nace, sumamente sensible a lo que recibe como la mirada y oye como palabras que le conciernen. (p.12)

Con relación a la fragilidad subjetiva, una de sus causas es que el adolescente experimenta en este proceso un duelo por su anterior condición infantil, la cual ya no volverá recuperar, ya no volverá a ser el niño que fue (Aberastury y Knobel, 1971). Esto se podría extender en la relación con un adulto abusador, puesto que, ante la vulnerabilidad del adolescente, esta asimetría se profundiza en contra de su autonomía, más aún si el abusador es un adulto cercano como un profesor, un jefe o un familiar.

Para el adolescente, el encuentro con “lo social” implica amenazar la integridad yoica, porque en esa relación con el mundo externo debe atender nuevas demandas que ponen en riesgo la unicidad del yo, construida en el narcisismo primario infantil. En este sentido, el adolescente evitará la disolución de esa integridad, en la medida en que evita confrontar la fragilidad de su yo actual con insuficiente capacidad para confrontar su lugar, en medio de las amenazas del mundo externo.

Igualmente, los adolescentes en los que ya se había señalado una ineficacia de los recursos narcisistas son más susceptibles a recubrir su yo con las ofertas del mercado de consumo y sufragan con su cuerpo el acceso a los productos que se ofertan, como dadores de la felicidad. Es decir, que, ante la ausencia de recursos yoicos fortalecidos que permitirían un rechazo frente a la seducción de un adulto, el adolescente difícilmente puede salir airoso de estas artimañas seductoras. Por lo tanto, es importante comprender las implicaciones de la fragilidad subjetiva en dicho acto abusivo para precisar sus implicaciones en la subjetividad y cómo el adolescente puede re-significar esta situación.

Estas contingencias en un adolescente homosexual pueden hacerlo vulnerable, frágil, lábil y proclive al inicio de una sexualidad genital con un adulto con la posibilidad de su búsqueda de la seducción, aunque su meta no sea necesariamente una relación sexual genital.

La discriminación sexual es otra de las amenazas externas que mengua la consistencia yoica en el adolescente homosexual, especialmente si se está ante un tipo de adolescente con recursos yoicos pobres o ineficaces que no le permiten hacer frente a la imposición de la norma heterosexual. Este conflicto en un adolescente homosexual podría considerarse un intento frustrado de la

represión que lo conduciría a la elección de un objeto heterosexual, pues cuando los instintos de estos adolescentes no logran sofocarse por la superioridad de sus diques morales reciben, no solo hostigamientos provenientes de las recriminaciones externas, sino también de sus propios autoreproches. Respecto a la represión, Freud (2001b), explica:

Hemos descubierto que las tendencias instintivas libidinosas sucumben a una represión patógena cuando entran en conflicto con las representaciones éticas y culturales del individuo. No queremos en ningún caso significar que el sujeto tenga un mero conocimiento intelectual de la existencia de tales ideas sino que reconoce en ellas la norma y se somete a sus exigencias. Hemos dicho que la represión parte del *yo*, pero podemos precisar diciendo que parte de la propia autoestimación del *yo*. Aquellos mismos impulsos, sucesos, deseos e impresiones que un individuo determinado tolera en sí o, por lo menos elabora concientemente, son rechazados por otros con indignación o incluso ahogados antes que puedan llegar a la conciencia. (p.2028)

Una de las posibles relaciones entre fragilidad y abuso sexual en el adolescente homosexual es que preexista en él una subjetividad lesionada por una experiencia previa con graves implicaciones psíquicas. Si se acepta que el abuso sexual en la adolescencia refuerza la vulnerabilidad que se acaba de señalar, conduce a una lesión subjetiva que es imborrable y a las posteriores relaciones de objeto del adolescente. Sin embargo, pese a esta preexistente fragilidad en el adolescente, no necesariamente el encuentro con lo genital habrá de iniciarse en una experiencia abusiva.

Uno de los temas centrales a abordarse es el abuso sexual, que hasta ahora se ha definido fenomenológicamente como las actividades sexuales asociadas a la relación genital o anal de un

adulto hacia un niño o adolescente. Corresponde plantear una definición desde el psicoanálisis sobre el abuso sexual, pues, para dicho paradigma, este evento contempla la noción freudiana de trauma (Freud, 2001c, 2001d) como un acontecimiento que se caracteriza por su intensidad, por la incapacidad del sujeto para responder adecuadamente a la situación que lo generó y el trastorno o los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En este orden, el flujo de excitaciones es excesivo en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

De acuerdo con este concepto de *trauma*, se genera un encuentro con los primeros aspectos complejos a analizar. En todo abuso o encuentro sexual entre un adulto y un adolescente, no necesariamente para este conlleva un trauma, es decir, no contiene implícitamente este carácter, pues, según Freud (1991), para que un suceso sea considerado traumático debe cumplir con tres condiciones: “ocurrencia precoz en el curso de los primeros cinco años, olvido, contenido sexual-agresivo” (p.72). El aspecto a destacar es que en la época en la que ocurra el acontecimiento, el sujeto no pueda darle significación, debido a su falta de recursos yoicos. Se comprende entonces que no aplicaría para estos púberes, ya que este evento se puede recordar claramente y la mayoría de estos no se asumen como víctimas de esta situación.

Teniendo en cuenta los criterios para la existencia del trauma, se encuentra que desde la teórica y la clínica escasamente este suceso es reconocido como tal en el adolescente. Lo que sí es frecuente que ocurra es que los órdenes institucionales de la Psicología y el Derecho los reconozcan en el lugar de víctimas y frustren la posibilidad de interrogarse sobre su posicionamiento subjetivo ante esta situación.

Por tanto, corresponde decir que existen diversas modalidades de fragilidad subjetiva que exponen a un adolescente al abuso sexual. En estas, es posible considerar variaciones entre un caso y otro, que corresponden a los distintos posicionamientos subjetivos del adolescente frente al encuentro sexual.

Es cierto que existen aspectos que fragilizan al adolescente y no le permiten protegerse de las seducciones del adulto perverso. Uno de estos es que en la reedición del Edipo negativo, que conduce a la homosexualidad, el adolescente busca al adulto perverso por un proceso de identificación. Al respecto de la idealización, Freud (2001b) plantea que:

La idealización no es un proceso que tiene efecto en el objeto, engrandeciéndolo y elevándolo psíquicamente, sin transformar su naturaleza. La idealización puede producirse tanto en el terreno de la libido del *yo* como en el de la libido objetal. Así, la hiperestimación sexual del objeto es una idealización del mismo. (p.2019)

En consecuencia, un adolescente encuentra a un adulto perverso que quiere educarlo, aunque no se identifica con el padre, sino con un sucedáneo que lo conduce a la homosexualidad; es un sucedáneo del padre, es la identificación amorosa con la figura parental del mismo sexo, y ese deseo de identificarse con otro del mismo sexo lo convierte en un ideal del yo.

En el abuso sexual, el adolescente es seducido por un adulto para tomar parte en actividades sexuales, sin haber pasado por una experiencia genital previa, aunque haya tenido cercanía o información a través de los dispositivos culturales. El psiquismo del adolescente está en un proceso de estructuración o reforzamiento de sus recursos yoicos, que actuarían como barrera a la seducción

del otro. De otro lado, es común encontrar que los abusadores de los adolescentes son adultos varones, entonces se podría decir que en este acto abusivo, se revela la potencia del macho, en el sentido de la habilidad que le confiere su poder fálico para seducir a estos adolescentes.

Como un ejemplo sobre la seducción entre un adulto perverso y un adolescente, es válida la novela erótica *Ferdinand: La Paloma Torcaz* del escritor francés André Gide (2008). En esta narración, el autor relata brevemente un hecho de su vida en el que sostuvo un amorío con Ferdinand, un adolescente apodado por este como “la paloma torcaz”. En varios apartes del libro, el chico le hace proposiciones sexuales explícitas a Gide. Al respecto, una muestra de ello es la siguiente:

Por un instante creyó lo que no era, y saltó: <<¡Ya lo tengo! ¡Vamos a hacernos unas m [amadas]!>>. Por su tono tembloroso adiviné que lo que decía por fanfarronear, no por vicio, sino por vergüenza de su inocencia y por voluntad de llegar al final. <<¿Ya has hecho alguna?, le pregunté. <<No, nunca, pero me lo han contado. >>

Además de la anterior, se pueden encontrar allí abundantes referencias a este tipo de seducción. En esta corta narración de Gide, se consigue comprender que el adolescente transita en esta relación entre la posición activa y pasiva, en ocasiones seduce e invita al adulto perverso, y en otras se deja tomar como objeto por este adulto. La movilidad del adolescente entre estas dos posiciones se ve reflejada así:

El azar me había colocado del lado de Ferdinand; nos dábamos la espalda, hombro con hombro. Cuando, con la música, se dispararon los primeros cohetes, pude, sin forzar demasiado la

situación, volverme y ponerle la mano en la rodilla. Sin duda sintió que había cierta intención por mi parte, porque me sonrió.

Igualmente, antes de ocupar la posición pasiva ante un varón adulto, el adolescente atraviesa un tipo de dependencia materna que no percibe violenta, pero de la cual espera que no interfiera en su vida, pues resulta que esto no es suficiente para sentir la protección. Entonces, esta necesidad de protección la trasfiere al padre y quiere depender él, se siente atraído a la protección del padre, porque la madre ya no le ofrece la misma seguridad, y se vuelca en el padre en esta identificación con el adulto perverso.

Otro aspecto que expone a estos adolescentes al abuso sexual es la inoperancia de los diques morales, que no logran protegerlo de la irrupción del impulso sexual. El adolescente sucumbe ante la oferta que le hace este adulto perverso, pues no logra medir los efectos de su decisión.

Ocurre entonces que un adolescente homosexual siente culpa por su orientación sexual o por el mismo evento de abuso sexual, y esta lo somete. Este sentimiento tiene como posibilidad que, inconscientemente, termine haciéndose contagiar de una enfermedad de transmisión sexual, como ha ocurrido en algunos casos. Esto se explicaría, de un lado, por la ineficacia de los recursos yoicos que no le permiten protegerse de este tipo riesgos, pese a las campañas a favor del autocuidado, y, por otro lado, estas informaciones son insuficientes ante el “imperativo superyoico” que lo supera psíquicamente y que lo impulsa al castigo. Al adolescente lo embarga un sentimiento de culpa que lo martiriza, que no reconoce como propio y que, como dirá Gallo (2008):

El maltratado puede sentirse culpable y no saber de qué, o atribuir ese sentimiento a cosas absurdas;

por eso, cuando un sujeto dice “yo tengo culpa” no hay que escucharlo intentado descubrir donde coincide su palabra con la realidad material, porque esa realidad corresponde a un imperativo superyóico que no funda sus reproches en el acontecimiento, sino en la ley interiorizada. (p.169)

En este sentido, el sentimiento de culpa es, según Gallo (2008), “la enfermedad de la responsabilidad; por eso, si un niño inscrito en la norma o una mujer maltratada, se hace reproches, es porque la conciencia moral, en lugar de proteger al sujeto, lo traiciona” (p.168). De esta manera, para el adolescente homosexual el sentimiento de culpa supera las previsiones cognitivas. No se trata de que él ignora el peligro o que carece de los conocimientos que ofrece la ciencia, sino que estos autoreproches pueden ir en virtud del mismo abuso sexual o de su elección de objeto de tipo homosexual que, generalmente, van en contravía de sus padres, de la sociedad e incluso de sí mismo, y que lo fragilizan. La fragilidad subjetiva precede a este sujeto, pero también hay factores que contribuyen a profundizarla.

La necesidad de castigo en el adolescente homosexual proviene también de la función fallida del yo, en un desacato de la ley de un Otro (figura primaria) que es descalificado, bajo el imperativo de “no obedezco y punto”. El adolescente elige a este adulto perverso, al cual idealiza y de quien tiene la convicción que va a remplazar a ese otro desvalorizado. El abuso sexual en el adolescente proviene de su relación con la satisfacción, que lo desborda y en la que él se deja desbordar, que va más allá del placer, es decir, es el goce del adolescente.

En otras situaciones, el adolescente se involucra en un vínculo con un adulto, en un intento de superar el sentimiento de desamparo paternal que se origina porque en lo real haya habido una pérdida del padre, por diferentes motivos como: el temprano abandono, la negación de la madre al



reconocimiento legal o el fallecimiento del padre. Sucede entonces que este sentimiento de desamparo es interior, porque el adolescente se siente psíquicamente desprotegido. Tratándose de adolescentes fragilizados, esta sensación de desamparo se profundiza, debido a la ineficacia de sus recursos yoicos. Al respecto, Freud (2001e) plantea sobre el desamparo, que:

En cuanto a las necesidades religiosas, considero irrefutable su derivación del desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquél suscita, tanto más cuanto que este sentimiento no se mantiene simplemente desde la infancia, sino que es reanimado sin cesar por la angustia ante la omnipotencia del destino. Me sería imposible indicar ninguna necesidad infantil tan poderosa como la del amparo paterno. (p.3022)

Esta necesidad infantil del amparo paterno se ve profundizada en el sujeto fragilizado, quien, debido a esta contingencia yoica del empobrecimiento de sus recursos, no logra esquivar a este adulto perverso, el cual se vale para persuadirlo, de ofertas como: dinero, protección, amor y reconocimiento, con el único propósito de tomarlo como un objeto de su satisfacción sexual. Este adolescente sostiene esta elección de objeto homosexual con un adulto para tratar de cubrir esta falta, que, aunque constitutiva y propia de todos los seres humanos, se ve profundizada en él por dicha ineficacia de sus recursos yoicos.

Por otra parte, nadie se encuentra exonerado de la pulsión y del lado de esta, pues toda persona está expuesta. En el adolescente homosexual, no refrenar la pulsión implica terminar contagiado de una enfermedad de transmisión sexual, formar parte de una red pornografía o de prostitución. Aunque del lado del yo este se empuja a decir que no, frente a estos peligros, no se puede olvidar que la relación con la pulsión es inconsciente y tiene un empuje constante. Freud

(2001f), al respecto, plantea que “la pulsión, en cambio, no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza constante. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida nada puede valer contra ella” (p.2040). Por tanto, en el abuso sexual hacia adolescentes homosexuales, se intrinca la fragilidad yoica y la pulsión que lo hace aún más vulnerable.

Es así como el adolescente experimenta la pulsión y siente el empuje, aunque no sabe del goce que está ligado a la pulsión. El otro representante de la pulsión hace que sus propias pulsiones lo pongan en escena. Respecto al componente del empuje, Lacan (2013) plantea que:

El empuje, primero, es identificado con una simple y llana tendencia a la descarga. Esta tendencia es el producto del estímulo, a saber, la transmisión de la parte admitida, a nivel del estímulo, del suplemento de energía, la famosa cantidad *Qn* del *Entwurf*. Pero ocurre sobre ello, y de entrada, Freud hace una observación de largo alcance. Sin duda, también hay estímulo, excitación, para usar el término que emplea Freud a estas alturas, *Reiz*, excitación. Pero el *Reiz* de la pulsión es distinto de cualquier estímulo que provenga del mundo externo, es un *Reiz* interno. (p.171)

Este problema de la relación con la pulsión no es cognitivo y tampoco es un asunto del desarrollo biológico del adolescente, sino que tiene que ver con la irrupción de la pulsión. Como ya se dijo, todos los sujetos están expuestos a lo pulsional, solo que estos adolescentes están más solos, se sienten desamparados y solos con su goce. Sus padres o cuidadores, los han dejado solos con las excitaciones, dado que no encuentran respuestas en estos, bien sea porque no las buscan o porque saben que si las buscan no las van a encontrar. Ante esto, ha de haber un perverso que le da todas las respuestas necesarias.

Puede suceder en el otro extremo y del de la sobreprotección en vínculo con las figuras primarias el adolescente, tenga un padre demasiado cuidador, demasiado protector, que lo confunde. El adolescente presenta ideas paranoides y teme ser homosexual, en una dependencia pasiva de la madre, que trasfiere al padre entrando en una dependencia homosexual. El padre represor que no lo deja ser, la hostilidad y la rebeldía en esa constelación de impulsos homosexuales lo hacen vulnerable al encuentro con un adulto perverso.

Una de las implicaciones del abuso sexual en un adolescente es que acabe incorporando la agresividad de un abuso sexual. Este mecanismo de defensa no es otra cosa que una identificación con el agresor. Esto explica porque algunas adolescentes que se han sentido víctimas de una agresión por parte de un adulto, repiten lo mismo con otros chicos donde la asimetría en la edad es considerable. Ocupan entonces en esa dualidad el lugar de victimarios y repiten el abuso del que en su momento fueron víctimas. En este sentido, Freud (2010) destaca que, “al ejecutar el papel de agresor, asumiendo sus atributos o imitando sus agresiones, el niño simultáneamente se transforma de persona amenazada en la amenaza” (p.125).

Finalmente, se dirá que en el mundo del adolescente homosexual hay soledad, lo que explica la necesidad de encontrar relaciones de objeto en el grupo de homosexuales o de mujeres para resistir el rechazo de sus familias o de sus pares de la escuela, para sentirse menos frágiles menos vulnerables, aun así, estos no logran advertir el acecho de un adulto abusador.

## Conclusiones

Desde el psicoanálisis, se comprende que la fragilidad subjetiva preexiste al abuso sexual e influye para que este evento se presente en la vida de un adolescente homosexual. La fragilidad es propia de la transición adolescente y de manera progresiva se van adquiriendo cualidades, se experimentan avances y retrocesos que dan lugar a la constitución del yo. La adolescencia en sus diferentes fases: la prepubertad, la pubertad y la consolidación de la adolescencia, afronta la reedición edípica y en este proceso el adolescente va adquiriendo la capacidad sintética del yo. Son precisamente estos procesos turbulentos y estrepitosos los que exponen al adolescente a hacer determinadas elecciones. Por lo tanto, lo que antecede a una experiencia sexual genital entre un adolescente y un adulto perverso es que en este adolescente haya una fragilidad subjetiva, una fragilidad yoica.

Algunos adolescentes cargan desde la infancia, con la fragilidad subjetiva que no lograron fortalecer, por la ausencia o insuficiencia de los suministros narcisistas. En consecuencia, sus recursos yoicos son ineficaces para afrontar la irrupción del impulso sexual. Esta ineficacia yoica es una de las razones para su desvalimiento ante un adulto perverso y es la principal causa para que un adolescente inicie su sexualidad con este.

Uno de los aspectos en los que se manifiestan las implicaciones del abuso sexual es que el adolescente ya no puede contar con experiencias comunes a las de sus pares, es decir, el abuso es un pasaje que hace una ruptura definitiva con lo que aún quedaba de su infancia. Algunos adolescentes para afrontar el suceso recurren a la desmentida de abuso, desmienten el hecho real,

pues sucede que se niegan a reconocerse en este deseo homosexual o simplemente no lo significan como una elección de objeto definitiva.

Se entiende que para algunos de estos adolescentes el abuso sexual crea una lesión, aunque no significa que pierdan su subjetividad, sino que esta se fragiliza. Por su parte, el adulto perverso sabe a quién elige como víctima, no es a cualquier tipo de adolescente; elige al que evidentemente muestre su fragilidad. El abuso sexual atropella el deseo del otro, de este adolescente, y este acto recae sobre el sujeto sin su consentimiento.

Otro aspecto que se identificó es que la fragilidad subjetiva influye en la ocurrencia de un abuso sexual, dado que no se puede olvidar que todos somos vulnerables ante el empuje de la pulsión, solo que este adolescente tiene menos posibilidades de respuesta, con unos frágiles mecanismos de defensa que no le permiten hacerle frente a la pulsión. Este empuje pulsional lo derriba, al estar tan solo, tiene pocas posibilidades de tramitar su goce; además, no cuenta tampoco con un adulto no abusivo que lo contenga. Lo que resulta preocupante es que estos adolescentes se van entregando a esta experiencia por el desbordamiento de la pulsión y porque en él no operan los diques morales como para esquivar una proposición sexual de un adulto perverso y del cual queda a merced de su goce.

El evento del abuso sexual se mueve entre el deseo y la necesidad, es decir, el deseo de entregarse al empuje irrefrenable de la pulsión y la necesidad de encontrar un protector. Asimismo, el adolescente se deja enganchar del deseo y la complacencia.

Estos eventos de abuso sexual hacia adolescentes homosexuales dan cuenta, tanto teórica como clínicamente, que hay procesos de desobjetivación severos, donde, ante la impotencia y el sentimiento de desamparo de estos adolescentes, realizan un intercambio mano a mano de su cuerpo por la protección que les ofrece el adulto perverso. Para el adolescente, este ofrecimiento es una salida de la marginalidad y la inclusión en el mercado de consumo. Esto los hace sentirse amparados frente a la fracasada protección de las figuras primarias.

El presente trabajo aporta a la comprensión de la génesis de la homosexualidad, pero no solo para darle respuesta al adagio popular de si un homosexual nace o se hace, sino, en definitiva, para entender que existe una homosexualidad que es constitutiva, por la cual todos los sujetos transitan, pero que también está la elección de objeto homosexual sobre la cual se pudo identificar que se afianza en la fase de la consolidación de la adolescencia; de acuerdo con la construcción teórica de Blos (1981).

Lo dicho anteriormente genera dos consecuencias: de un lado, sirve para decir que no todo adolescente que tiene una experiencia homosexual con un adulto necesariamente es homosexual, y dos, que las posibilidades de respuesta del adolescente frente a un abuso sexual depende de los niveles de integración del yo, que van a determinar hasta dónde esa homosexualidad corresponde a una elección de objeto o más bien se trata de una irrupción dentro del mismo proceso de la homosexualidad universal, de una identificación con las figuras primarias.

Para algunos adolescentes, la identidad homosexual es un sentimiento claro, pero para algunos otros que figuran como víctimas en el ámbito penal con el rótulo de “abusados sexuales”, puede suceder que se sirvan de este título para encubrir su homosexualidad. Estos últimos son

esquivos a interrogarse sobre qué tiene que ver con ellos esta experiencia y cómo llegaron a la misma. Entonces la identidad es considerada como un sentimiento y no solo como un reconocimiento cognitivo.

Como consecuencia de lo anterior, cuando un adolescente siente que el fantasma homosexual lo amenaza, y al quedar en evidencia su homosexualidad por la denuncia penal del abuso sexual, siente la culpa que desata inconscientemente la necesidad de castigo. Estos sentimientos pueden explicar el frecuente contagio de enfermedades de transmisión sexual en los casos de abuso sexual con adolescentes.

También es cierto que el presente trabajo ayuda a despejar algunos prejuicios, como que el desarrollo biológico o cronológico de un adolescente va a la par con su desarrollo psíquico, pues puede pasar, y ocurre con frecuencia, que estos procesos son dispares. Este prejuicio, muy difundido en las instituciones que trabajan en la atención del abuso sexual, parte de desconocer que la adolescencia es un proceso con varias fases de transición.

Una de las consecuencias de este análisis de la disparidad entre lo biológico y lo psíquico, es su relación con el abuso sexual hacia adolescentes por parte de un adulto perverso, dado que no significa que un adolescente biológicamente formado (en sus caracteres sexuales secundarios) posea recursos psíquicos eficaces para hacerle frente a la seducción de un adulto perverso.

Ahora, al referirse en este trabajo al abuso sexual, en ocasiones se ha mencionado como inicio de la sexualidad, evitando mencionarlo como abuso sexual. Esto se explica, no para negar que en algunos casos el adolescente ha sido una víctima incauta frente a las manipulaciones del

adulto perverso, sino que lo que no se busca es no desconocer que en muchos casos los adolescentes que pasan por esta situación subjetivamente no se posicionan como víctimas.

En la actualidad, el abuso sexual tiene una amplia difusión en la sociedad y es un delito catalogado como altamente lesivo, dotado de herramientas legislativas y múltiples estrategias para su prevención. Sin embargo, quienes conforman las instituciones que trabajan desde el cumplimiento de la sanción penal o al restablecimiento de derechos, desconocen que el adolescente se posiciona subjetivamente frente a este evento y tienden desde el inicio del proceso a rotularlo como víctima, desconociendo su posicionamiento subjetivo, en últimas, contribuyendo a una mayor fragilización.

Aunque es probable que los adolescentes no resignifican el abuso sexual como una experiencia traumática, lo que deja ver la experiencia clínica es que, en su mayoría, no se asumen como víctimas; al menos desde lo consciente estos no relatan que este evento les signifique sufrimiento. No toda iniciación sexual genital con un adulto es traumática para el adolescente y algunos participan de la seducción, la buscan. La experiencia con los llamados adolescentes “víctimas de abuso sexual”, ha permitido evidenciar que los efectos son diversos y, aunque se repiten de uno a otro los síntomas, no tienen la misma estructuración psíquica. De ahí que esta experiencia de iniciación de la sexualidad genital con un adulto no siempre culmina en la explotación sexual, pues no siempre el adolescente siente culpa por la experiencia.

Se entiende que desde este concepto de abuso sexual analizado desde la perspectiva psicoanalítica, no siempre donde hay un encuentro sexual entre un adulto y un adolescente este



podría catalogarse como un abuso sexual, pese a que la norma legal determina la edad cronológica para decretar este abuso.

Queda abierta la discusión para ser planteada en futuros trabajos, sobre todo con respecto al trabajo clínico, pues de nada sirve tratar de desculpabilizar a un adolescente cuando se reacciona por haber cedido frente a la proposición del adulto o por el contagio de una enfermedad de transmisión sexual. Es más viable escucharlo y permitirle saber de qué puede hacerse cargo y de qué no. Esta comprensión es importante, pues la verdad objetiva y visible pocas veces resultan ser las verdades del sujeto.

## Bibliografía

- Aberastury, A. y Knobel, M. (1971). *La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Belgich, H. (2007). *Reflexiones sobre la práctica docente en los procesos de integración escolar*. Argentina: Homosapiens.
- Blos, P. (1981). *Psicoanálisis de la adolescencia*. [Trad. Parres, R. y Witemberg, R.]. México, D. F.: Editorial Joaquín Mortiz.
- Dolto, F. (2008). *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Freud, S. (1991). “Moisés, su pueblo y la religión monoteísta”. En: *Moisés y la religión monoteísta Esquema del psicoanálisis*. 2a ed. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2001a). El Yo y el Ello. El “Yo” y el “Superyo” Ideal del “Yo”. En: *Ensayos del 98-144. Tomo VII*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001b). Introducción al narcisismo. En: *Ensayos del 85 al 87. Tomo VI*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001c). El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos (comunicación preliminar Freud y Breur). 1a ed 1893. En: *Ensayos del 1 al 16. Tomo I*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001d). La psiconeurosis de defensa. En: *Ensayos del 1 al 16. Tomo I*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001e). Malestar en la Cultura. En: *Ensayos del 145 al 185. Tomo VIII*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001f). Los instintos y sus destinos. En: *Ensayos del 85 al 97. Tomo VI*. [Trad. López-Ballesteros, L.]. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

Freud, A. (2010). *El yo y los mecanismos de defensa*. 10a ed. España: Paidós.

Gallo, H. (2008). *Maltrato Infantil: teoría y clínica psicoanalítica*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.

Gide, A. (2008). *Ferdinand: La Paloma Torcaz*. 1a ed. Barcelona, España: Cabaret Voltaire.

Lacan, J. (2013). *El seminario de Jacques Lacan: libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Laplanche, J. y Pontalis, J. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. 6a ed. Buenos Aires, Argentina: Paidós.